

por los musulmanes que piensan que habita en un delicioso oasis en el que se encuentran el árbol y la fuente de la vida que mantienen su inmortalidad.

La santa montaña había sido consagrada al culto del Señor, durante dos mil seiscientos años, cuando Bonaparte vino á poner sitio á San Juan de Acre: entonces el Carmelo abrió como siempre su hospitalaria puerta, no á los peregrinos, no á los viajeros, sino á los moribundos y á los heridos. Con ochocientos años de distancia, había visto llegar allí á Tito, á Luis IX y á Napoleón.

Estas tres reacciones del Occidente contra Oriente, fueron fatales al Carmelo. Después de la toma de Jerusalen por Tito, los soldados romanos lo devastaron: después del abandono de la Tierra Santa por los cristianos, los sarracenos degollaron á los habitantes: por último, después del desastre de Bonaparte delante de San Juan de Acre, los turcos se apoderaron del Carmelo, asesinaron los heridos franceses, dispersaron los monges, rompieron las puertas y las ventanas, y dejaron inhabitable aquel santo asilo.

No quedaba, pues, del Carmelo, mas que sus derruidos muros, y de la comunidad un solo monge que se había retirado á Kaiffa, cuando fray Juan Bautista, designado por su general al papa, recibió de Su Santidad la orden de ir al Carmelo a ver en qué estado habían puesto los infieles la santa hospedería de Dios, y qué medios habría para reedificarlo.

No estaba muy bien escogido el momento. Abdallah-Bajá mandaba por la Puerta, y este ministro del sultan tenía un profundo odio á los cristianos: este odio se aumentó todavía mas con la revolución de los griegos. Abdallah escribió al sublime emperador que el convento del Carmelo podía servir de fortaleza á sus enemigos, y solicitó el permiso de destruirlo: le fué fácilmente concedido. Abdallah hizo minar el monasterio, y el enviado de Roma vió saltar las últimas ruinas del edificio que estaba llamado á reconstruir. Sucedió esto en 1824. No tenía nada ya que hacer en el Carmelo fray Juan Bautista y volvió á Roma.

Sin embargo, no había renunciado á su proyecto. En 1826 marchó á Constantinopla, y gracias al crédito de la Francia y á las instancias del emperador, obtuvo de Mahamoud un firman que autorizaba la reconstrucción del monasterio. Volvió entonces á Kaiffa, y halló al último monge muerto.

Se vió entonces enteramente sola la santa montaña, se sentó sobre el resto de una columna bizantina, y allí con su lápiz en la mano, arquitecto elegido para la casa del Señor, hizo el plano de un nuevo convento mas magnífico que ninguno de cuantos habían existido jamás, y después de aquel plano, el presupuesto: subía este á doscientos cincuenta mil francos. Determinado el presupuesto, el milagroso arquitecto que edificó así con el

pensamiento sin ocuparse de la ejecución, fué á la primera casa que encontró á pedir un pedazo de pan para cenar aquella noche.

A la mañana siguiente comenzó á ocuparse de los medios de sacar los doscientos cincuenta mil francos necesarios para la ejecución de su santa obra.

La primera cosa en que pensó, fué en crear una renta á la comunidad que todavía no existía. Había reparado á cinco horas de distancia del Carmelo y á tres horas de Nazareth, en dos molinos harineros, abandonados, ya á consecuencia de la guerra, ya porque se había alejado el agua que los hacía moler. Buscó tanto y tan bien, que á una legua de distancia encontró un manantial que por medio de un acueducto podía llevar el agua hasta los molinos. Esto le alegró, y seguro de que podía poner en acción sus molinos, fray Juan Bautista se ocupó de su adquisición. Pertenece á una familia de drusos: era una tribu que descendía de aquellos israelitas que adoraron el Becerro de Oro: habían conservado la misma idolatría de sus padres. Todavía hoy las mugeres llevan por peinado el cuerno de una vaca. Este cuerno, que no tiene ningún adorno en las mugeres pobres, es plateado ó dorado en las ricas. La familia drusa, que se componía de una veintena de personas, no quiso deshacerse del terreno elegido por sus antepasados, aunque aquel terreno no le producía nada: hubiera creído que aquello era una impiedad. Fray Juan Bautista les propuso le arrendasen el terreno que no querían venderle. El jefe de la familia consintió en la última condición. El producto de los molinos debía dividirse en tres partes; un tercio para los propietarios, y los otros dos tercios para los arrendatarios.

En efecto, los arrendatarios debían ser dos, el uno debía poner su industria, y este era fray Juan Bautista, pero era preciso que el otro pusiese el dinero para la reparación de los molinos y la construcción del acueducto. Fray Juan Bautista fué á buscar á un amigo suyo turco, que había conocido en su primer viage, y le pidió nueve mil francos para poner en ejecución su laboriosa empresa. El turco le llevó á su tesoro, porque los turcos, que no tienen ni renta ni industria, tienen todavía como en los tiempos de las *Mil y una noches* el dinero, el oro y la plata, en toneles. Fray Juan Bautista cogió la suma de que tenía necesidad, hipotecó al reembolso de aquella suma la tercera parte de la renta de los molinos, y gracias á esta primera remesa de fondos hecha por un musulmán, pudo el arquitecto echar los cimientos de su hospedería cristiana. Nada se trató de intereses; sin embargo, se necesitaba á lo menos doce años para que su parte de la renta cubriese lo que el mahometano adelantaba: en cuanto al contrato, fué cosa muy sencilla y natural, las condiciones se determinaron de viva voz, y los dos con-

tratantes juraron por su barba, el uno á nombre de Mahoma, y el otro en nombre de Cristo, observarle religiosamente.

¿Qué cosa hay mas sencillamente grande que aquel cristiano que va á pedir dinero á un turco para reedificar la casa de Dios, ni nada mas grandemente sencillo que aquel turco que se lo presta sin mas garantía que el juramento del cristiano?

La reedificación del Carmelo era, no solo una cuestión religiosa, sino tambien de humanidad: el Carmelo es una santa hospedería donde son recibidos sin pagar los peregrinos de todas las creencias, los viajeros de todas las naciones, y aquel que llega no tiene necesidad de decir para hallar cama y comida, mas que:

—Hermano, estoy cansado y tengo hambre.

Pronto fray Juan Bautista marchó para su primera expedición dejando el cuidado de ejecutar su acueducto y la reparación de los molinos á un neófito inteligente. Al marchar escribió que los que quisiesen reunirse al superior de los carmelitas de Oriente no tenían mas que acudir, y que dentro de algún tiempo habría un monasterio para recibirlos. Recorrió entonces las costas del Asia Menor, del Archipiélago y las calles de Constantinopla pidiendo por todas partes limosna en nombre del Señor: y á los seis meses después, volvió trayendo una cantidad de veinte mil francos, suficiente á los primeros gastos de su edificio. Por último, el día del Corpus, siete años hora por hora delen que Abdallah había hecho saltar los muros del antiguo convento, colocó fray Juan la primera piedra del nuevo.

Pero antes del fin del año se acabó aquella cantidad: entonces fray Juan Bautista volvió á marchar á la Grecia y á la Italia: y portador de una suma considerable, volvió segunda vez trayendo la vida al monumento que continuó creciendo, y que ya en aquella época estaba bastante adelantado para dar hospitalidad á los viajeros. Lamartine, Taylor, el abate Desmazares, Chammartin y Danzatz, se alojaron allí durante sus viages en Palestina.

Así es como sin cansarse por las fatigas, sin desanimarse por las negativas que hallaba, ofreciendo á Dios sus peligros y sus humillaciones, fray Juan Bautista, aunque de edad mas de sesenta y tres años, prosiguió su obra.

Once veces fué al Carmelo y once veces volvió de allí. Durante diez años que duraron sus correrías visitó todo un hemisferio: fué de Jerusalen á Damasco, de Jaffa á Alejandria, al Cairo, á Roma, á Tripoli de Siria, á Smirna, á Malta, á Atenas, á Constantinopla, á Tunes, á Tripoli de Africa, á Siracusa, á Palermo, á Argel, á Gibraltar, penetró hasta Fez y hasta Marruecos, recorrió toda la Italia, toda la Córcega, toda la Cerdeña, toda la España, y una parte de la Inglaterra, de donde volvió por

Irlanda y Portugal; tanto la primera como la décima vez ora á pie, ora en el carruaje de los pobres carruajeros que por toda recompensa le habían pedido que los encomendase á Dios: si había tenido hambre había pedido pan en las cabañas, si había tenido sed, agua á las fuentes: en cada casa de los curas tenía siempre dispuesta una cama para el descanso de algunas horas. Así, habiendo salido del mismo lugar que el Judío Errante, con una bendición en vez de un anatema, venía después de haber visto casi tantos países como él, á terminar sus correrías por la Francia.

Ofrecí mi ofrenda á fray Juan Bautista, ruborizado de que fuese tan corta, pero le di cartas de recomendación para amigos mas ricos que yo.

Hoy fray Juan Bautista ha vuelto á pedir un sepulcro á aquella montaña que él ha dotado con un palacio.

Y ahora, Dios guarda el convento del monte Carmelo: había vuelto al Carmelo con el completo de una suma de doscientos treinta mil francos. Pero su presupuesto, como todo presupuesto debe ser, se encontraba en cien mil francos inferior á la realidad, de modo que acababa de llegar por la duodécima vez del Carmelo, á fin de hacer una última cuestacion en Francia, habiéndose reservado el reino cristianísimo como su último y supremo recurso.

Lo que había de admirable en aquel hombre es, que durante los diez años en que había ido recogiendo la limosna del Señor, ni un óbolo de aquellos doscientos treinta mil francos que había recogido, lo había empleado en sus necesidades personales. Si había tenido que pasar los mares, había recibido su pasaje gratis sobre algún pobre buque que había esperado con aquella buena obra tener un mar tranquilo, y un viento favorable. Si había tenido reinos que atravesar, los había atravesado, á pesar de Ibrahim, de Abdul-Megib, y sobre todo del comodoro Napier.

EL GOLFO JUAN.

Dejamos á Tolon después de haber permanecido unas seis semanas. Como nada hay que ver desde Tolon á Frejus, sino es el país, que podíamos ver perfectamente por las ventanillas del carruaje, tomamos un coche público: Además, para un observador el carruaje público tiene una ventaja que compensa todo su desagrado, y es que puede allí estudiarse bajo una vista bastante curiosa, la clase media del país que se recorre.

Hallábase completo el interior de nuestra diligencia por un jóven de veinte á veinte y dos años, y un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco.

Tenia el jóven la figura sencilla, ojos asombrados, piernas embarazadas, un sombrero de pelo largo, un frac azul, un pantalon gris sin trabilas, medias negras, zapatos con lazo, y un reloj con varios sellos. El hombre de cincuenta y cinco años tenia el pelo gris y escasas patillas, ojos claros grises, nariz de papagayo, dientes mellados, y su vestido se componia de un cuello de camisa que le guillotinaba las orejas, un pañuelo al cuello encarnado, una blusa gris, pantalon azul, y zapatos de piel de gamuza. De tiempo en tiempo sacaba la cabeza por la portezuela, y se ponía en conversacion con el mayoral, que no dejaba nunca al responder de llamarle capitán.

No habíamos todavía llegado á la primera parada, cuando ya sabíamos que el capitán tenia este título porque en 1815 habia recibido del mariscal Brune la orden de dirigir y transportar viveres de Frejus y de Antibes á Tolon. Para aquella expedición le habian dado una chalupa y seis marineros que habian comenzado por llamarle patrón, y que habian concluido por llamarle capitán.

Este título le habia parecido sentarle bien, y le habia conservado. Desde entonces, pues, en consecuencia, le llamaban el capitán Langlet.

A la segunda parada conocíamos las opiniones políticas y religiosas del capitán: la política era bonapartista, la religiosa era volteriana.

Recayó la conversacion sobre fray Juan Bautista: el capitán aprovechó la ocasión para manifestarnos todo el desprecio que le inspiraban los cerquillos, y nos citó con ese motivo los artículos excelentes del Constitucional contra el partido sacerdotal.

Bajamos para comer en Carnoules. Como era viernes, preguntó el fondista si comeríamos de pescado.

—¿Me tomáis por un jesuita? le dijo con ojo fulminante el capitán. Asadme una buena chuleta, y hacedme una tortilla con manteca.

Nosotros le respondimos que si habia pescado fresco, comeríamos de pescado.

Preguntado á su vez el jóven, respondió con un tono muy dulce, y poniéndose ruborizado hasta las orejas:

—Yo haré lo que estos caballeros.

El capitán Langlet nos miró con un desprecio enciclopédico, y cuando le trajeron su tortilla se quejó de que no tenia bastante manteca.

Volvimos á subir al coche, y como debíamos dormir aquella noche en Frejus, recayó la conversacion sobre el desembarco de Napoleón. El capitán habia asistido á él desde su navío.

—Entonces, le dijo Jadin, no hay necesidad de preguntaros, con las opiniones que ya os conocemos, si os reunisteis al grande hombre.

—¡Caramba, señor! respondió el capitán Langlet, ya me hubiera yo guardado muy bien de hacerlo en aquella época. Estaba incomodado un poco con aquel sublime emperador por haber restablecido las iglesias en lugar de haber hecho de ellas excelentes almacenes para forrage. No señor, al contrario, di á la vela para Antioes, y anuncié la gran novedad al comandante de la plaza el general Cossin. Le dije mas; que una veintena de hombres se adelantaban hácia nuestra ciudad con una bandera tricolor. Entonces tomó sus disposiciones aquel buen general, y cuando llegó la tropa la dijo, entrad: despues cerró la puerta detrás de él. De modo que, gracias á mí, fueron cogidos todos, señores, á escepcion de Casabianca; un farsante de Córcega que los mandaba, que saltó desde lo alto de las murallas, y se fué á reunir con el grande emperador.

—¿Y qué hicieron de los prisioneros? pregunté yo.

—Caballero, querian meterlos en la cárcel, pero estaba llena; y entonces yo dije, ponédlos en la iglesia, y los pusieron en la iglesia.

—¿Cuánto tiempo permanecieron allí? preguntó Jadin.

—¡Oh! permanecieron allí desde el 1.º de marzo hasta el 22, en que se supo que el gran Napoleón habia entrado en la capital.

—¡Pobres gentes! dijo el jóven.

—¿Cómo pobres gentes! replicó el capitán, ¡cómo pobres gentes! Eso es; unos gandules dignos de lástima, tenían buen pan, buen vino, buen arroz, buenas habas. Pregunto si les falta algo mas para que sean enteramente felices.

—Pero, digo yo, creo, capitán, que á la vuelta de los Borbones á lo menos os darian la cruz de honor.

—¡La cruz de honor! ¡Ya! La he pedido. ¿Sabeis lo que me ha llevado ese jesuita de Luis XVIII? Me ha dado su flor de lis. Al recibirla, dije: guárdese el rey para él esa chinche.

—¡Cáspita! repliqué yo, que mal tratábais las pobres flores de lis. Reparad que San Luis, Francisco I, Enrique IV, no eran tan descontentadizos como vos, y que esas flores de lis que desdénais eran sus armas.

—¡Las armas de Enrique IV! No: ¡si Enrique IV era protestante, vive Dios! ¡y porque era protestante le mataron los jesuitas! Porque los jesuitas fueron los que mataron á aquel gran rey. ¿Habeis leído la *Henriada*, caballeros?

—¿Qué es eso de la *Henriada*? preguntó Jadin con la mayor sangre fria.

—No conocéis la *Henriada*? Es preciso leer la *Henriada*, caballeros: es un bellissimo poc-

ma; es de Voltaire, que no le gustaban los clérigos, y al que tambien los clérigos envenenaron... ¡lo envenenaron! Se ha dicho lo contrario, pero lo han envenenado, caballeros, tan cierto como me llamo el capitán Langlet. ¡Pobre Voltaire! Si yo hubiera vivido en su tiempo hubiera dado diez años de mi vida por conservar la suya... ¡¡¡Voltaire!!! ¡Ah! ahí teneis uno que jamás ha comido de vienes!!

Comprendimos á quién se dirigia el epigrama, y doblamos la cabeza. Durante algun tiempo el capitán Langlet nos oprimió con su victoriosa mirada. Despues, viendo que nos rendíamos, se puso á tararear una canción bonapartista.

Llegamos á Frejus sin habernos desquitado. Allí nos despedimos del capitán Langlet, que dió de nuevo á Jadin el consejo de leer la *Henriada*, y que acercándose á mi oído me dijo en voz baja:

—Bien se vé que sois realista, jóven, con vuestro veneno y vuestras flores de lis; pero ¡chiton! No digais en voz alta vuestra opinion: no nos andamos en chanzas en las cosas de Napoleón nosotros los frejusanos y antibesinos: podrían degollaros como á un pollo. ¡Caramba! con que prudencia.

Prometí al capitán Langlet ser mas circunspecto en lo sucesivo, y nos despedimos, él continuando su camino para Antibes, y permaneciendo nosotros en Frejus para visitar al dia siguiente á nuestro placer el golfo Juan.

En el momento en que nos íbamos á sentar á cenar en el extremo de una de esas mesas largas de posada donde ordinariamente come toda una diligencia, vino el posadero á preguntarnos si queríamos permitir al jóven que habia venido con nosotros de Tolon, que cenase allí á la otra punta de la mesa. Como aquel jóven nos habia parecido una persona muy regular en todo el camino, respondimos que no solamente era muy libre de cenar donde quisiese, sino que si lo tenia por conveniente tendríamos mucho gusto en que cenase con nosotros.

El posadero se apresuró á llevarle nuestra respuesta que aguardaba en el otro cuarto. Habíamos ya tomado todas nuestras disposiciones para intercalar en medio de nosotros al nuevo convidado, cuando vino á decirnos el posadero que el jóven lo agradecia mucho, pero que no queria sernos importuno, y deseaba únicamente estar bastante cerca de nosotros para gozar del placer de nuestra conversacion.

Me volví hácia Jadin haciéndole un saludo, porque el cumplido evidentemente era para él. Durante todo el camino habia hecho colocarse al capitán Langlet de modo que pudiese satisfacer al aficionado mas difícil; y por simple y sencillo que pareciese nuestro compañero de viage, habia apreciado aquel género de amabilidad tan nueva para él.

El mariscal Gerard decia un dia hablando del valor y con relacion al general Jacqueminot. «cuando no se le mira, es asombroso; pero si se le mira, es fabuloso.» Lo mismo podría decirse de Jadin respecto al talento: aquella noche era mirado, y estuvo espléndido. El jóven fué á acostarse muy satisfecho de haber pasado una noche de tertulia feliz.

Al dia siguiente dimos una vuelta á Frejus, exactamente la que se necesitaba para una ciudad que data de dos mil seiscientos años, á fin de que no tuviese que lamentarse de nuestro proceder.

Dejamos en consecuencia tarjeta en el *Anfiteatro*, en el *Acueducto*, en la *Puerta dorada*, y volvimos á desayunarnos á nuestro hotel, donde nos aguardaba el carruaje que debia llevarnos á Niza.

Al desayunarnos preguntamos noticias de nuestro jóven: pero como no se habia atrevido á proponernos que le cedieramos un lugar en nuestro carruaje, y no era bastante gran señor, habia dicho, para alquilar un coche él solo, habia tomado la delantera, previniendo que tendria el honor de saludarnos en el golfo Juan. No se podia á la vez ser mas discreto ni mas politico.

Dejamos á Frejus sobre las diez de la mañana. El camino que tomamos era de cuesta; pero al cabo de seis á siete leguas nos aproximamos á la mar, mitad por nuestra parte, mitad por un gran barranco que parecia salir á nuestro encuentro. Este gran barranco era el golfo Juan. Nos detuvimos justamente donde el principe de Monaco se habia detenido.

Se sabe la historia del principe de Monaco.

Madama de D... habia acompañado al principe de Talleyrand al congreso de Viena.

—Mi querido principe, le dijo un dia, ¡no hariais nada por ese pobre Monaco que hace quince años, como sabeis, lo ha perdido todo, y se ha visto obligado á aceptar no sé qué pequeño cargo en la corte del usurpador?

—¡Ah! si, respondió el principe con el mayor contento: ¡Pobre Monaco! Habeis hecho bien en recordármelo, querida mia, lo habia olvidado.

Y el principe tomó el acta del congreso que estaba sobre su mesa, y en la que se recordaba á plumadas la cantera europea, que Napoleón habia labrado á tiros de cañon; despues con su letrita pequeña, no sé en qué protocolo concerniente al emperador de Rusia ó al rey de Prusia añadió:

«Y el principe de Monaco volverá á sus estados.»

Aquella disposicion era muy poca cosa materialmente: no llegaba á media linea: así pasó desapercibida, ó si se apercibió nadie juzgó que valia la pena de decir nada en contra.

El artículo suplementario pasó, pues, sin oposicion ninguna.

Y madama de D... escribió al príncipe de Monaco que había vuelto á entrar en posesion de sus estados.

El 25 de febrero de 1815, tres días despues de haber recibido esta noticia el príncipe de Monaco hizo tomar caballos de posta, y emprendió el camino de su principado.

Al llegar al golfo Juan encontró el camino cerrado por dos piezas de artillería. Como se aproximaba á sus estados el príncipe de Monaco alborotó mucho por aquel embarazo que le detenía, y ordenó al postillon que mandase echar á un lado los cañones, y que pasase adelante.

El postillon respondió al príncipe que los artilleros desenganchaban sus caballos.

El príncipe de Monaco se bajó de su carruaje para dar de bastonazos á los artilleros, jurando entre dientes que si llegaban á pasar por su principado los haría ahorcar.

Detrás de los artilleros había un hombre vestido de general.

—¡Toma! ¿sois vos, Monaco? dijo al ver al príncipe, el hombre con traje de general, dejad pasar al príncipe, añadió dirigiéndose á los artilleros que le impedían el paso, es un amigo.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos

—¡Cómo! ¿sois vos, Dronet? le dijo.

—El mismo, mi querido príncipe.

—Pues yo os creía en la isla de Elba con el emperador.

—Si, allí estábamos, en efecto, pero hemos venido á dar una vueltecita á Francia. ¿No es verdad, mariscal?

—¡Toma! ¿Sois vos, Monaco? dijo el recién llegado. ¿Y cómo os va, mi querido príncipe?

El príncipe de Monaco se restregó los ojos segunda vez.

—¿Y vos también, mariscal, le dijo, habeis abandonado la isla de Elba.

—Si, mi querido príncipe, ¡vive Dios! respondió Bertrand: no nos sentaba aquel aire para la salud, y hemos venido á respirar el de Francia.

—¿Qué hay, señores? dijo una voz clara é imperativa, ante la cual se abrió el grupo que rodeaba al príncipe.

—¡Ah! ¿sois vos, Monaco? dijo la misma voz.

El príncipe de Monaco se restregó los ojos por tercera vez: creía estar soñando.

—Si, señor, si, dijo, si, yo soy: pero ¿de dónde viene V. M.? ¿A dónde va?

—Vengo de la isla de Elba, y voy á Paris. ¿Quereis venir conmigo, Monaco? Sabeis que teneis vuestra habitacion en las Tullerías.

—¡Señor! dijo el príncipe de Monaco que comenzaba á comprender lo que pasaba, no he olvidado las bondades de V. M., y siempre tendré un eterno reconocimiento. Pero hace ocho días apenas que los Borbones me han devuelto mi principado, y no hay bastante

tiempo todavía entre el beneficio y la ingratitude. Si lo permite V. M. continuaré mi camino hácia mi principado, donde esperaré sus órdenes.

—Razon teneis, Monaco, le dijo el emperador: id, id; únicamente sabeis que os aguarda vuestro antiguo destino: no lo proveeré.

—Doy mil gracias á V. M., respondió el príncipe.

El emperador hizo una seña, y volvieron al postillon sus caballos que habían ya puesto en posicion en un cañon de á cuatro.

El postillon volvió á enganchar sus caballos; pero en tanto que el príncipe estuvo al alcance de la vista del emperador, no quiso volver á subir al carruaje, y caminó á pie.

Napoleon fué á sentarse pensativo en un banco de madera á la puerta de una posada, desde donde presidió el desembarco.

Despues, cuando se hubo concluido el desembarco, y siendo tarde, decidió que no se pasaria adelante aquel día, y que se permanecería la noche al vivac.

En consecuencia entró por un callejon, y se sentó sobre el tercer olivo que hay á la salida de la carretera. Allí fué donde pasó su primera noche al volver á Francia.

Ahora, si se quiere seguirle en su victoriosa marcha hácia Paris, no hay mas que consultar el *Monitor*. Para guiar á nuestros lectores en esta investigacion histórica, vamos á darles un extracto bastante curioso. En él se encontrará la marcha graduada de Napoleon hácia Paris, con las modificaciones que su proximidad producía en las opiniones del periódico.

—El antropófago ha salido de su caverna.

—El monstruo de Córcega acaba de desembarcar en el golfo Juan.

—El tigre ha llegado á Gap.

—El rebelde ha hecho noche en Grenoble.

—El tirano ha atravesado por Lion.

—El usurpador ha sido visto á sesenta leguas de la capital.

—Bonaparte se adelanta rápidamente, pero no entrará jamás en Paris.

—Napoleon estará mañana bajo nuestros muros.

—El emperador ha llegado á Fontainebleau.

—S. M. I. y R. ha hecho ayer su entrada en el palacio de las Tullerías en medio de sus fieles súbditos!

Este es el *Exegi monumentum* del periodismo; no volverá á hacer otro ya, porque no podría hacerlo mejor.

Napoleon quiso que una pirámide perpetuase el gran suceso de que el príncipe de Monaco había sido uno de los primeros festigos. Alzóse aquella pirámide á la orilla del camino entre dos moreras y enfrente del olivo bajo el cual había pasado la primera noche. Desgraciadamente quiso Napoleon que aquella pirámide encerrase una muestra de

todas las monedas de oro y de plata acuñadas en el milésimo de 1815.

De aqui provino que despues de la batalla de Waterloo las gentes de Valory derribaron la pirámide para robar lo que encerraba.

Nuestro jóven nos aguardaba á la puerta de la posada sentado en el mismo banco donde se había sentado Napoleon. Aquella pequeña posada que desde aquel tiempo se ha colocado por su propia autoridad bajo la proteccion de aquel gran recuerdo, se recomienda al viajero por la inscripcion siguiente:

«Al desembarco de Napoleon, emperador de los franceses, al venir de la isla de Elba desembarcando en el golfo Juan el 1.º de marzo de 1815. Se da de beber y de comer en honor suyo, pronto y con equidad.

Llegó el mundo á dominar,
Desañó la metralla,
Dió de Wagram la batalla,
Intrepido surcó el mar.
Tanto le mimó la suerte
Que en una continua guerra
Ni en los mares, ni en la tierra
Encontrar pudo la muerte.

Preguntamos al posadero si era su cocinero el que había hecho los versos de la muestra, y habiéndonos respondido que no, le mandamos que nos diese de comer.

Mientras nos disponian la comida nos preparamos á tomar un baño de mar. Apenas por nuestras disposiciones había penetrado el jóven nuestro proyecto, cuando preguntó á Jadin si queriamos concederle el honor de bañarse al mismo tiempo que nosotros.

Nos miramos riendo, y le respondimos que era perfectamente dueño de hacerlo: y que si creía ademas necesitar nuestro permiso se lo concediamos con la mejor voluntad del mundo.

Nos dió gracias el jóven, cual si le hubiéramos hecho un gran favor; despues, para no alarmar nuestro pudor se formó con su corbata una especie de tapa-rabo, y entró en la mar hasta los hombros: y desde allí se puso á mirar nuestras evoluciones. Enfrente de nosotros en el horizonte estaban las islas de Santa Margarita.

Las islas de Santa Margarita, como se sabe, sirvieron durante nueve años de prision á la Máscara de hierro.

Podrán nuestros lectores, si gustan, saltar el capítulo siguiente, que solo por conciencia intercalamos y para satisfacer la curiosidad de los que como yo se bañen en el golfo Juan. Nada perderán en esta disertacion histórica, medianamente divertida.

EL HOMBRE DE LA MÁSCARA DE HIERRO.

Bien calculado hay nueve sistemas sobre el hombre de la máscara de hierro. Dejamos al lector el cuidado de elegir el que le parezca mas verosímil, ó el que le sea mas simpático.

PRIMER SISTEMA.

El autor del primer sistema es anónimo. Está sistema ha venido enteramente hecho de Holanda sin duda bajo el patronato del rey Guillermo. Tal cual es, es el siguiente. El cardenal de Richelieu, orgulloso de ver su sobrina Parisiatis, amada de Gaston, duque de Orleans, hermano del rey, propuso á aquel príncipe que fuese formalmente su sobrino. Pero el hijo de Enrique IV, que si bien queria á la señorita Parisiatis para querida, encontró bastante inoportuno que el primer ministro osase proponérsela para esposa, respondió á esta proposicion con un bofetón. El cardenal era rencoroso: pero como no había medio de tratar al hermano del rey como á Bouteville ó á Montmorency, se entendió con su sobrina y el padre José para tomar de Gaston otra venganza. No pudiendo hacerle caer la cabeza de sus espaldas, resolvió hacerle caer la corona de la cabeza.

La pérdida de aquella corona debía ser tanto mas sensible á Gaston, cuanto que creía ya tenerla. Hacia ya veinte y dos ó veinte y tres años que su hermano mayor se hallaba casado, y la Francia estaba esperando un delin.

Ved aqui lo que imaginó Richelieu, siguiendo siempre el sistema del anónimo holandés.

Un jóven llamado el C. D. R. estaba enamorado hacia muchos años de la muger de su rey. Aquel amor, al que no había sido insensible la reina, no se había ocultado á las celozas miradas de Richelieu, que enamorado también de Ana de Austria no se había alarmado hasta el momento que juzgó conveniente sacar un partido.

Una tarde el C. D. R. recibió un billete de una mano desconocida, en el que le decían que si queria ir á un punto indicado, y dejarse vendar los ojos, le llevarian á un lugar donde deseaba ser presentado hacia muchísimo tiempo. El jóven era temerario y valiente, amigo de aventuras; se halló, pues, en la cita, y se dejó vendar los ojos: cuando le quitaron la venda se encontró en el aposento de Ana de Austria, á quien amaba.

A la mañana siguiente ella fué á encontrar al cardenal, y le dijo:

«Al fin habeis ganado vuestra mala causa,